

Una tarde gris y desapacible de marzo de 1910, nos llegó a la redacción de *La Semana* la noticia del fallecimiento, para nosotros inesperado, de Julio Herrera y Reissig. No hacía muchos días que había estado en su casa de la calle Buenos Aires. Yo no conocí *La torre de los panoramas*, que emergía como un mástil hurgador de horizontes terrestres y marinos, de la casa de la calle Ituzaingó esquina Buenos Aires. La primera vez que fui a verlo fué en julio de 1908 atraído por la admiración que sin conocerlo sentía por él, y para leerle unos sonetos que pensaba dedicarle y le dediqué en el número tres de *Bohemia*, aparecido en octubre de aquel mismo año. Jamás olvidaré la impresión que me hizo el poeta, desbordante de bonhomía y de afabilidad, que supo disimular los defectos de mis primeros versos teniendo para ellos grandes elogios, estimulándome con el premio de oro de su palabra buena y cálida. Eran cuatro sonetos: *Non vincet, Estatua de nieve, La ambición eterna y La experiencia y la juventud*, que le leí con voz entrecortada por la emoción mientras que él, arrellenado en su sillón, con los ojos semicerrados y las manos cruzadas, parecía escucharme con todo recogimiento. La gran sala en que se destacaba la negra silueta del monstruo que despedazó a Chopin, se adormecía en una discreta penumbra. Después él me contó sus proyectos, alentando la empresa a que nos habíamos lanzado con la publicación de *Bohemia*, y finalmente me recitó algunos *Sonetos vascos*, desconocidos todavía pues no los había dado a ningún diario ni revista. Salí reconfortado para la lucha emprendida, entusiasmado y orgulloso de la nueva amistad hecha, que era para mí en aquellos tiempos, el más alto galardón a que podía aspirar.

La noticia de su muerte nos sorprendió. Corrimos enseguida a su casa quebrantados por la mala nueva, y lo acompañamos aquella larga noche, en medio a la ciudad indiferente. En una pequeña pieza de la entrada habían colocado su féretro. Las huellas del mal traicionero y repentino que lo había vencido definitivamente no se transparentaban en la serenidad sonriente de su rostro pálido pero no cadavérico. La melena rubia nimbaba su frente poderosa y en sus párpalos cerrados sin esfuerzo parecía morar el sueño y no la muerte. A la mañana siguiente lo condujimos al Cementerio Central. No éramos muchos: apenas una cincuentena, contando los miembros de su familia. Alberto Zum Felde con voz tonante y gesto vengador in-

terpretó la indignación que nos dominaba, indignación contra el destino ciego, contra los que no comprendieron al poeta, contra los que le hicieron la vida difícil y triste: "Entre todos los que aquí hacemos acto de presencia somos pocos, muy pocos, los que podemos llamarnos amigos del muerto. ¡Cuántos somos! ¡cuántos los que le queremos! ¡cuántos somos los que amamos su orgullo y su locura! ¡los que sentimos un solemne respeto por su existencia de exilado! Os juro que somos pocos, muy pocos los que estamos. Yo sé la frase que está ahora en muchos labios: *reconocemos su talento pero creemos que su vida ha sido un error. ¡Mentira! ¡Lo más grande que ha tenido este hombre, es su vida! El talento es cosa que puede discutirse, la originalidad literaria, la propiedad de las ideas, la escuela poética, todo eso es secundario, todo puede ponerse en tela de juicio. Lo que es innegable, lo que es evidente, lo que es absoluto, es la grandeza pura de su alma consagrada a la belleza inmortal, y es la belleza de su vida solitaria, orgullosa, erguida en un ambiente de adaptaciones mezquinas como una rebeldía indomable de la dignidad del pensamiento".*

Es preciso recordar lo que era la literatura uruguaya en aquellos instantes en que Julio Herrera y Reissig a la cabeza de un osado pelotón de soñadores se encaramaba en la deslumbrante ficción de la Torre de los Panoramas e iniciaba su memorable bombardeo lírico sobre el pasmo de sus escandalizados conciudadanos. Nuestros poetas más prestigiosos y representativos de entonces se hallaban sumidos en el tembladeral de un pegajoso romanticismo, imitando, cincuenta años después de haber pasado a mejor vida, los modelos beoquerianos, byronianos o victorhuguescos que suponían que limitaban todas las perspectivas de la poesía, a semejanza de aquel sombrío mar desconocido que circundaba como una barrera inexpugnable el mundo reducido de los geógrafos antiguos. Rubén Darío fué el primer pirata que en nuestro idioma lanzó el grito jubiloso de ¡tierra! frente a una misteriosa Guabananí surgida como una visión fantástica ante el tajo firme de sus aventureras carabelas. Por aquel umbral violado se lanzaron después una turba ilusionada de jóvenes capitanes, henchidos de alegre audacia, que recogieron a manos llenas tesoros hasta entonces vírgenes, incógnitos en lejanas islas de Simbad u ocultos en cavernas solo accesibles al penetrante hurgar de la

lámparas maravillosas. A Julio Herrera y Reissig, después de una corta peregrinación de adolescente por las cómodas rutas trilladas, debería corresponder entre nosotros la misión providencial de descubrir las nuevas y opulentas vetas líricas, jerarquizando con dignidades insospechadas el sacerdocio de la poesía, cuído en insoportables amaneramientos, o domesticado en el bullicioso chin-chin de las conmemoraciones patrióticas. Algunos portaguitarras puebleros se daban cita enredor de un fogón de mampostería y creyendo que hacían arte autóctono ensayaban desde la ciudad décimas y milongas que hacían desesperados esfuerzos por acomodarse a las exigencias de la clientela rural, hasta la que sólo podrían llegar las estrofas cándidas del *Martín Pierro* o los ritmos humildes y sinceros del *Viejo Pancho*, que ejercía su magisterio sin pretensiones escondido entre los rubios y tupidos maizales del Tala.

Fué entonces que comenzaron a arribar hasta las márgenes platenses los primeros radiogramas de los poetas malditos de Francia, agobiados bajo una triple losa sepulcral por las implacabilidades del academismo terco y las incompreensiones de los públicos espesos. Vanas fueron como siempre tales conspiraciones, pues las emanaciones de aquellos cadáveres en plena salud subían por los poros terrestres y reventaban en grandes flores exóticas y en perfumes turbadores. Conforme un siglo antes el tremendo explosivo de la "Enciclopedia" derramó por toda América el germen de la revolución política, deletreado en las páginas inmortales de *L'esprit des lois*, de *Le contract social* y del *Dictionnaire Philosophique*, los primeros volúmenes de *Les fleurs du mal* iniciaron la revolución literaria modernista que debía dar como resultado una nueva emancipación, esta vez espiritual y artística. Los nombres de los evangelistas del nuevo credo: Baudelaire, Leconte de L'Isle, Mallarmé, Heredia, Verlaine, Samain, comenzaron a pronunciarse tímidamente "a media voz" en cenáculos de conjurados de buen gusto que se ahogaban entre los miasmas de las tendencias en uso, cuyos modelos habían sido hasta el cansancio imitados y que estaban ya exhaustos de toda sustancia vital. Aquella revelación, como la vida de los santos en Inigo de Loyola, decidió la vocación de Herrera y Reissig cuyo espíritu refinado encontró su verdadero ambiente en la aristocratización de los motivos inspiradores; en la depuración y ennoblecimiento del lenguaje poético al cual dió vida nueva con la ciudadanía de nuevas palabras y nuevos ritmos que quebraron definitivamente el retórico empacamiento del viejo verso castellano; en la exploración de complicados estados de psi-

cológia sólo traducibles en estrofas de apariencia morbosa; en la orquestación a base de semitonos y cadencias musicales hasta entonces incógnitas; en el empleo de la metáfora desconcertante e inesperada, convertida de escudero de la poesía en su misma substancia. Admitir todo esto resultaba pecado mortal en aquellos tiempos; era exponerse a la excomunión mayor de los celosos guardianes de los sacratísimos dogmas vigentes; era merecer el martirio purificador de la hoguera lenta en el auto de fé de la plaza pública. Pero Herrera y Reissig era joven y sobre todo era poeta, sabía bien que lo suyo era lo auténtico y lo perdurable, y no se preocupó demasiado por los clamores que se alzaron de todos lados enredor de su obra como para asfixiarla. Cuando más tuvo alguna vez para sus ciegos impugnadores una palabra de cólera o una frase de olímpico desprecio:

"Los críticos son malos, y por malos son ingenuos. Y por ingenuos son perjudiciales. Y por perjudiciales escandalosos y perturbadores. Y es que ser malo es ser oscuro. Y la sombra anubla el alma como los ojos. Y sin la lumbre no se vé. Y ser ciego es dar palos de ciego, cuando se escriben palos, como acostumbra los críticos que más pretenden de cultos y de morigerados."

"El buen vasco Unamuno no ha olvidado el de su raza... palo de pastor y de montañés, palo de domine y de crítico..."

"Yo lo quería y aún le quiero; sé lo que vale y hasta donde vale, y si por acaso le viera algún día, comeríamos juntos, un bacalao a la vizcaína, pero no hablaríamos de arte ni de franceses."

"¡Y que me dice Vd. de Zedra que me hundió la pluma hasta el mango, a falta de garrote, llamándome, ¡ay mi Dios!, incongruente, es decir, desahetado ¡Vaya con la seda que se vende por Madrid... que áspera es!"

"Pero, todos son buenas gentes!... Los hay filósofos y catedráticos ilustrísimos... Los pobres se juzgan infalibles, superhombres, sultanes de la verdad y del buen gusto. Y eso es lo malo. Son sabios y nada más... es decir, a veces son tontos, como lo dijo Dn. Manuel del Palacio, cierta vez que oyó a un erudito decir tonterías..."

•••

Si el factor tiempo — como la pátina al mármol — es imprescindible para la sólida edificación de la inmortalidad, veinte años de nuestra vida de hoy, atormentada de veleidades, caracterizada por frecuentes virrazones, ascensos vertiginosos y caídas repentinas y sin eco, constituye el plazo barto suficiente para autorizar juicio definitivo. Pero no es eso, precisamente, lo que me impulsa

en esta empresa, sino la comprobación de que el admirable espíritu del autor de *Desolación absurda* conserva siempre su frescura inicial y su prestigio incólume; que su oro no se ha enmohecido bajo la acción de roedoras decadencias; que sus versos límpidos y armoniosos, aunque tallados en ritmos de dogmáticas arquitecturas, no han perdido su extraña musicalidad, su fragancia inconfundible, su encanto sin mancha. Julio Herrera y Reissig perteneció por entero a su época perturbada y bizantina sintetizándola en su quintaesenciada sensibilidad, en su preciosismo fenisecular, en su imaginación ardiente y sin vallas, en su audacia verbal y en la nobleza de su arte de torre ebúrnea, sacerdocio lírico oficiado en cándidas misas negras. Hubo en él, como muy oportunamente lo atestigua Guillermo de Torre, atisbos milagrosos hacia el Arte futuro, iniciaciones de un porvenir aún sin rúbrica, intuiciones geniales de modalidades que plasmarían diez años después de su muerte en imágenes sin genealogía visible y en cataclismos sin ejemplo. Los grandes polarizadores de la poesía, altivas antenas que recogen las ondas fundamentales, se van transmitiendo la antorcha simbólica que de manos de los que la abandonan va pasando a manos de los que llegan con su pa-

labra que decir, y que la agitan como un estandarte de luz sobre sus cabezas desmeledadas. Ese es, a mi parecer, uno de los valores imperecederos de la poesía de Herrera y Reissig, una de las más puras calidades de su obra. Estuvo ubicado entre dos grandes períodos literarios sin parentesco aparente pero que no pueden explicarse el uno sin el otro, encadenados por oscuros eslabones que los remachan indiscutiblemente. De no haber fallecido con tanta premura hubiera saludado con primaveral alborozo el nacimiento de la actual sensibilidad que sin encasillarse en la prisión de determinado istmo corporiza inquietudes similares y unifica con rasgos de inconfundible originalidad la obra de los liróforos contemporáneos. Tema digno de ser encarado con apasionada curiosidad es el de las relaciones que existen entre el Herrera y Reissig de la *Desolación absurda* y de *La tertulia lunática* y el Lautreaumont de *Los cantos de Maldoror*, genial vigía del super-realismo de hoy. Ambos peregrinan por el mismo país de pesadilla, más allá del bien y del mal, y se adentran en túneles sombríos atravesados por relámpagos verdosos en que muy posiblemente dormita inaccesible el áspero enigma de nuestra vida.

A l b e r t o L a s p l a c e s